

ESTUDIOS RELIGIOSOS¹

INTRODUCCIÓN

No es para vosotros, filósofos, hombres de ciencia, hombres de espíritu libre a quienes este libro se dirige; no necesitáis se os demuestre la existencia de la luz.

No a vosotros, sacerdotes, jerarquías eclesiásticas, frailes, clérigos, jesuitas, que vivís del altar y de la ofrenda, y de la explotación de la ignorancia: no hay raciocinio contra el oro.

No a vosotros, católicos que se llaman ilustrados y que jamás pueden dar *una razón* de su fe, que vivís en el seno de sociedades católicas guardando el *decorum* de vuestra hipocresía o vuestra insuficiencia: no hay argumento contra la fatuidad interesada.

No a vosotros gobernantes, empleados, ambiciosos, negociadores de herencias y testamentos, gerentes de conventos, pecadores que buscan la absolución en la servil obediencia: no hay convicción contra el egoísmo, el remordimiento revestido de la caridad divina.

¿A quien os dirigís entonces?

A todo hombre de corazón sincero, aunque sea católico.

A la juventud, a las generaciones que se alzan ansiosas de verdad y la buscan.

Al artesano, al trabajador de las poblaciones que puede consagrar una hora de sus honradas horas al cultivo de su inteligencia, y a ti, indirectamente proletario, campesino, gancho, roto, plebeyo, por medio de los que pueden hacer llegar la luz a tu mente, y el bienestar a tu vida incierta y vaga.

No es este un libro rigurosamente científico, porque aspiro a que sea popular; pero todo lo afirmado o negado será justificado y puesto al alcance de todos. No es un libro de partido, porque es un libro de totalidad. El hombre y la sociedad son un todo, puede decirse, indivisible y solidario. Creencia dogmática, religión y política: política y economía son solidarias.

Tal dogma ha de producir tal política, tal sociabilidad. ¿Queréis reformas en política? Ved si pueden armonizarse con el origen católico.

¹ En el prólogo que el autor puso a la traducción de la *Vida de Jesús*, anunciaba que trabajaba una obra sobre el problema de la divinidad de Jesús. Los escritos preparatorios que el autor hacia sobre la materia nos fueron legados en un desorden notable y de ellos hemos podido desenmarañar el presente y los que siguen inéditos. (N. de Manuel Bilbao)

¿Queréis reformas en la administración, en la distribución de la tierra, en la repartición de los productos? Ved si pueden armonizarse con la centralización romana, con la igualdad humana, con el dogma ciego de la obediencia servil al despotismo del capital, o de los grandes poseedores del continente.

Fluctuamos en la regeneración política, porque no hemos hecho revolución en el dogma religioso. No hay política sólida, no hay libertad garantida y consolidada sino se apoya en la libertad del individuo soberano en su pensamiento y en sus actos. Un pueblo que reforma en política sobre el terreno sembrado por el catolicismo cosechará jesuitismo, explotación y embrutecimiento.

Es, pues, una obra grandiosa de verdad y caridad, cooperar a la extirpación de las religiones esclavizantes.

Es una obra de sublime profecía, cooperar al advenimiento de la purificación de todo un continente, extinguiendo el error, demoliendo sus guaridas y levantando sobre las ruinas del viejo templo la escuela de la verdad, de la emancipación y de la justicia.

LA REVELACIÓN

I

El hombre debe *creer* lo que yo enseño: he ahí la fórmula teológica y práctica de las religiones que se llaman reveladas. Con esa fórmula se somete el mundo de las inteligencias. Es el despotismo dogmático.

El hombre debe *hacerlo* que yo mando: he ahí la fórmula moral y política que como consecuencia lógica de la primera, completa la autocracia de las iglesias, y la servidumbre de los pueblos. Es el despotismo moral, político, y social.

El hombre debe *creer* lo que él mismo juzgue verdadero. He ahí la fórmula de la filosofía. Con esa

fórmula se emancipa el mundo de las inteligencias. Es la libertad dogmática.

El hombre debe *hacer* lo justo. He ahí la fórmula moral y política que, como consecuencia lógica de la anterior, completa la soberanía del hombre y de los pueblos. Es la libertad moral, política y social.

La lucha, la gran polémica, es la que existe entre las revelaciones y la filosofía.

Las religiones que se llaman reveladas dicen que la verdad viene de Dios.

La filosofía dice lo mismo, o mejor, que la verdad es lo que es, y que venga, o no venga, la verdad es; y la primer verdad, en el orden cronológico del pensamiento, es la afirmación del sujeto que piensa.

Pero las religiones dicen que Dios ha revelado la verdad a unos hombres que se llaman *reveladores*. De ahí sale esta consecuencia terrible: la palabra de los reveladores es la palabra de Dios. O en otros términos: el revelador es el órgano de Dios. ¿Habría poder igual sobre la tierra?

¿Quién no ve en esa creencia la fuente de todo despotismo?

Y la Filosofía dice: ¿qué prueba, qué razón me dais para que os crea?

Vuestra palabra y nada más que vuestra palabra; vuestra afirmación y nada más que vuestra afirmación. Si decís que Dios os habló en el Sinaí, en tal año, nosotros os decimos que Dios nos habla todos los días en la conciencia y la razón.

Las religiones dicen: Dios nos reveló, sobrenatural y milagrosamente. La revelación de la filosofía es natural y universal.

Entonces, la cuestión entre el catolicismo, o toda religión que se dice revelada, y la filosofía, se plantea de este modo:

Nuestra revelación, es sobrenatural.

El orden sobrenatural, es milagroso.

El milagro, es la base de nuestro sistema religioso. Sin milagro no hay catolicismo.

La revelación supone un orden sobrenatural.

El orden sobrenatural supone el milagro.

El milagro es, pues, el fundamento de la cuestión.

Revelación es una comunicación extraordinaria y milagrosa de Dios a un hombre, o a ciertos hombres, que por esto se llaman *reveladores*. Buda, o Sakkia-Mouni, Moisés, Jesús, Mahoma, etc., y otros muchos personajes, reveladores son llamados.

Procuramos entendernos bien sobre el significado de la palabra, o sobre la acepción que tiene en la presente materia.

Webster define así lo que es revelación: “el acto de abrir o descubrir a otros lo que antes les era desconocido; *propriamente*, el descubrimiento o comunicación de verdad a los hombres por Dios mismo, o por sus agentes autorizados, los profetas y apóstoles”.

Es claro que sólo la última acepción es la ortodoxa. Así lo entiende el catolicismo, y es en ese sentido que la aceptamos para la discusión, porque *descubrir* a otros lo *desconocido*, es de todo maestro y lo propio de toda enseñanza, en lo cual no hay nada de sobrenatural y milagroso.

Tampoco aceptamos en este momento la segunda acepción de Webster, porque la filosofía puede aceptar que Dios comunica a todos los hombres la verdad, *por la constitución misma de la razón*, en la cual nada hay de sobrenatural, sino que, al contrario, es lo más natural. Resta, pues, la tercera acepción.

Bercherelle define: “*revelación*; del latín *revelo*, compuesto de *re*, y de *velum*, velo, como quien dice descorder el velo que ocultaba una cosa, para manifestarla y exponerla”.

Es la definición etimológica que puede aplicarse a todo descubrimiento y enseñanza.

La revelación, repetimos, en su significación católica, que es en la que vamos a emplearla, es,

pues, sirviéndonos de las aclaraciones anteriores, el descubrimiento, comunicación, enseñanza de dogmas, principios, leyes, hechos pasados o futuros, teorías o doctrinas, hecho directamente por Dios mismo a personas determinadas, que según la creencia católica han sido autorizadas para enseñar, instituir, gobernar o ejecutar.

¿Es esto natural, o sobrenatural?

La Iglesia Católica afirma a boca llena, que la revelación es sobrenatural.

Aquí haremos una anticipación, interrumpiendo la ilación de las ideas de este capítulo para hacer una advertencia. Todo lo fundamental que la Iglesia dice haberle sido sobrenaturalmente revelado, era conocido; y es conocido en regiones donde no ha penetrado el catolicismo. Dios, la creación, el diluvio, el origen de las razas, el bien y el mal, la moral, el amor, la inmortalidad del alma, las penas y recompensas futuras, todo esto forma el patrimonio de la humanidad y no ha sido manifestado por la revelación católica. En la mitología griega hay hechos para todas las ideas del catolicismo: unidad de Dios, pluralidad de agentes secundarios, Minerva, el verbo, el hijo de la inteligencia de Júpiter que nace sin mancilla, la trinidad, la caída, la regeneración, el mesianismo, todo tiene en la mitología griega su *hecho mítico*, es decir, su historia, o su teoría encarnada en un hecho. No tiene el catolicismo una idea más grandiosa que la encerrada en el mito de Prometeo. El catolicismo, que es un eclecticismo de ideas budistas, pérsicas, caldeas, egipcias, griegas, nada ha descubierto, no tiene ninguna originalidad que merezca llamarse revelada. Curioso trabajo sería la revelación de sus *plagios*. Y entonces, ¿para qué sostiene su doctrina como revelada? Para darse la autoridad teocrática. Tal es el fondo de la cuestión. ¿A quién le ocurre que para probar que dos y dos son cuatro, es necesario apelar a una revelación milagrosa? A nadie. Pues las verdades eternas de la moral están en el mismo caso. Apelar a

un orden sobrenatural para decir no robos, no mientas, no mates, no prueba sino que se quiere fundar la autocracia de un sacerdocio, constituir un órgano fermentado de la voluntad divina para someter a los hombres.

Volvamos a la cuestión.

II

EL ORDEN SOBRENATURAL

El catolicismo o las religiones que se llaman reveladas, adolecen de una debilidad singular. Dicen que las creencias, principios, leyes, moral, etc., han sido sobrenaturalmente reveladas, de lo que resulta esta consecuencia inmediata: la verdad, la moral, la justicia, que es lo más *natural* que existe, ha sido necesario revelarlo de una manera *sobrenatural*. Ved esta primera inconsecuencia.

La razón está naturalmente constituida para la verdad. Si algo queréis enseñarle ha de ser o falso o verdadero. Si es verdadero, ¡qué cosa más natural que lo comprenda y acepte! Si es falso, cómo queréis que lo acepte sino por el engaño o el error; y sin duda que si yo creyese en un orden sobrenatural, creería que sólo podría emplearse para engañar a la razón del hombre.

Sin penetrar todavía en el fondo de la cuestión, qué presunción terrible de engaño y de falsía no presenta ese principio de las revelaciones, dando a entender, sin que se piense, que ¡es necesario establecer un orden sobrenatural para autorizar a la mentira! ¿A quién en su recto y primitivo juicio se le ocurre, que lo natural que es la verdad, y la

verdad que es lo natural, necesita de un orden *contrario a la naturaleza* de las cosas para ser creído? Desde ahora ya se divisa viniendo en lontananza el más sublime aforismo de la lógica católica: “creo porque es absurdo”, “*credo quia absurdum*”.

¿Qué significa un orden *sobrenatural*?

No hay sino Dios y la naturaleza. Todo orden es, pues, divino si se refiere a Dios y natural si se refiere a la naturaleza. No hay nada más allá, ni nada más acá, ni nada más arriba (*súper*), ni nada más abajo (*infra*). ¿Si se pudiera inventar un orden *sobrenatural*, por qué no se había de inventar un orden *infranatural*?

No tiene, pues, cabida ese orden sobrenatural, ni en Dios, porque sería suponer algo *sobre* Dios, ni en la naturaleza, porque fuera de lo natural, de lo finito, de lo creado, si así quiere llamársele, no hay nada sobre qué establecer un orden cualquiera. *Sobrenatural* quiere decir *sobre* la naturaleza, y no habiendo nada fuera de la naturaleza, sino Dios, la idea de un orden sobrenatural por una consecuencia forzosa (que aún no se ha deducido contra el catolicismo) vendría a significar un orden establecido sobre una nueva creación, sobre otro orden de seres, sobre otro sistema de existencias.

Pero tal absurdo ni aun puede aplicarse a la cuestión de las revelaciones, porque las revelaciones vienen a *descubrir* lo ignorado, pero no a *crear*.

Lamennais con la exactitud de su visión y la precisión de su estilo, ha caracterizado perfectamente el orden sobrenatural, con una palabra: “*este tercer orden que se ha llamado sobrenatural sería el orden de lo que no existe*”.² Y he ahí que el maestro viene a autorizar nuestra deducción cuando dijimos que para que existiere ese orden sería necesario una nueva creación, otro orden de

² “Este tercer orden que se ha llamado sobrenatural, sería el orden de lo que no existe. No puede, pues, uno sorprenderse de las contradicciones que encierra esta inadmisibile hipótesis por la cual los hombres, separando la fe de la razón y del infinito mismo o del sentimiento nativo, indestructible de las leyes de su naturaleza, de sus leyes intelectuales y de sus leyes morales, han divinizado todos los sueños de su imaginación extraviada, sus errores más insensatos y sus pasiones más monstruosas”. (Lamennais, *De la Religión*, 1841.)

seres, otro sistema de existencias a que pudiese aplicarse.

Si se quiere decir que ese orden es un tercero, intermediario entre Dios y la naturaleza y la naturaleza y participando de ambos, quedaría sometido a las mismas objeciones que han sepultado la hipótesis del *mediador plástico*, inventado para explicar las relaciones del espíritu y del cuerpo. Se suponía que ese mediador participaba del cuerpo y del espíritu y que poseyendo ambas cualidades, sustancias o formas de la sustancia, relacionaba con el espíritu por la parte espiritual y con el cuerpo por la parte corporal que contenía. Pero ¿quién no ve, como se ha probado en las aulas, que la cuestión y la dificultad queda en el mismo punto? ¿Cómo se verifica en el mismo mediador esa unión de la materia y del espíritu?

La invención de un orden sobrenatural intermediario, vendría a ser la invención de un mediador plástico entre Dios y la naturaleza.

Otra objeción.

Dios obra sobre la naturaleza. ¿Qué dificultad hay en suponer que establezca un orden sobrenatural?

Aquí se juega con la palabra *sobre*, tomándola en dos sentidos y cometiendo un sofisma digno de la escolástica. Obrar sobre la naturaleza no tiene nada de particular. El hombre mismo obra sobre la naturaleza. Pero sobrenatural, en el segundo sentido, quiere decir, *contra* la misma naturaleza o *más allá, fuera* de la naturaleza, y ya hemos rebatido esta objeción.

Ahora presentamos otra objeción.

¿Cómo se puede obrar sobre la naturaleza?

O la naturaleza tiene acción sobre sí misma, acción eterna y autónoma, como dicen panteístas, dualistas y aun ateos, aunque en diferentes acepciones, o Dios obra sobre ella.

Apartemos la primera hipótesis, y veamos aceptando la segunda, si la acción de Dios puede ser sobrenatural.

Todo lo que haga el Ser Supremo es natural

a su esencia: asentamos esta proposición como un axioma. Todo lo que hace Dios es divino. ¿Puede hacer algo de *sobredivino*? Plantear la cuestión es resolverla.

¿Puede hacer algo de sobrenatural a su esencia, de sobrenatural a la naturaleza que ha creado? Plantear la cuestión es resolverla.

Así pues, lo sobrenatural, no pudiendo ser ni divino, ni natural, ni más allá, ni más acá, ni más arriba, ni más abajo del orden creado o establecido *ab eterno* en la concepción o acto de la divinidad, sobrenatural no puede significar sino algo de contrario a la naturaleza, algo contrario al orden divino establecido. En esta acepción no conocemos sino el crimen. El crimen es un verdadero orden sobrenatural.

Y el catolicismo sosteniendo que el orden sobrenatural es un orden contrario a las leyes naturales, y no habiendo fuera del crimen otro orden contrario, la cuestión del orden sobrenatural se reduce a lo que se llama *milagro*.

Así, la revolución es sobrenatural. Lo sobrenatural supone la violación de las leyes naturales. Esta violación es el milagro.

Luego, la revelación no pudiendo existir sin milagro, no hay revelación sin una violación de las leyes naturales, que el mismo Dios ha establecido.

¿Es posible esta violación? He ahí la primera cuestión.

III

EL MILAGRO

Todo el edificio de las revelaciones estriba en el milagro. ¿Qué es milagro? Nosotros definimos la *idea* del milagro (porque la *realidad* no existe) con una sola palabra: **el deicidio**. El milagro es el deicidio.

Vamos a explicarnos. No hay milagro sin violación de una ley natural. La ley natural es la

manifestación del mismo Dios en la forma de los seres. Si Dios, que hizo graves a los cuerpos, los despojase de esa ley, destruiría la esencia misma de la materia; y destruir la esencia de la naturaleza es anonadar su sustancia. Sería lo mismo que crear para volver a la nada. La materia es ser y ningún ser puede dejar de ser: axioma. La materia es ser, es sustancia, y no hay ser, ni sustancia que no sea o emanación, o participación más bien, o aspecto, o forma limitada de la sustancia infinita. Suponer, pues, que Dios aniquila un ser, que anonada su sustancia, disipa su forma, o destruye su esencia, es suponer que Dios puede aniquilar una parte de su ser, anonadar una manifestación de su sustancia, contrariarse a sí mismo alterando la forma eterna de la idea. Todo esto es despojar a la idea del Ser omnisciente, a la idea de la perfección de Dios, de las condiciones mismas, de los atributos esenciales de la naturaleza divina. Todo esto es destruir la idea de la divinidad. Es por esto que el milagro, violando las leyes eternas del ser y de los seres, viene a ser un deicidio.

Más adelante esto mismo recibirá más aclaración y confirmación.

Veamos qué es lo que significa la palabra milagro, y la acepción católica ortodoxa.

Dice Bescherelle: “*milagro*, del latín *miraculum*, derivado de *mirari* admirar. Acto del poder divino, contrario a las leyes conocidas de la naturaleza”.

Locke, que era cristiano, define el milagro: “es como una operación sensible que siendo superior a la comprensión del espectador, y (en su opinión) *contraria* al curso establecido de la naturaleza, es considerada por él como divina”.³

El sabio Locke, toma en cuenta la *comprensión* del espectador o como diría el señor Littré⁴, traductor de Strauss, el milagro dependía del estado psicológico del espectador. Pero acepciones son éstas, que aunque verdaderas, (pues lo que los hombres han llamado milagro, no ha sido otra cosa, sino fenómenos o hechos, cuya causa no conocían, o cuya explicación no acertaban por su ignorancia, recurriendo entonces a un poder divino que todo lo explicaba) acepciones son éstas, que no son católicas, pues aceptadas, el milagro desaparecería o sería el equivalente de la admiración del ignorante.

Webster define el milagro: “en teología, un acontecimiento o efecto contrario a la constitución y curso establecido de las cosas, o una desviación de las leyes conocidas de la naturaleza; un acontecimiento *sobrenatural*”.

Bescherelle abre campo a la discusión sobre la palabra *milagro*, al decir, *contrario a las leyes conocidas de la naturaleza*, porque entonces, conocida la ley, desaparece el milagro y esto es contrario a la acepción católica, que establece el milagro como radicalmente contrario a las leyes naturales. En prueba de ello, he aquí la opinión del abate Moigno, hombre entendido en teología y ciencias naturales: “¿en qué consiste el milagro de Gedeón, referido en el libro de los Jueces VI, 37, 38? El milagro operado por Dios, a petición de Gedeón, consiste: 1° en que, la primera noche, el vellón sólo se mojaba, mientras que todo el suelo había quedado seco; 2° en que la segunda noche, al contrario, el vellón había quedado seco mientras que todo el suelo estaba cubierto de rocío.

¿En qué son *sobrenaturales* estos fenómenos y constituyen un milagro? En el orden natural, y

³ *A miracle then I take to be a sensible operation, which being above the comprehension of the spectator, and in his opinion contrary to the established course of natura, is taken by him to be divine. Locke. A discourse of miracles. Tomo IV de sus obras completas. Londres 1768.*

⁴ Émile Littré. Prefacio pág. XIII. París 1856

como lo prueba la experiencia diaria, la hierba y el vellón debían haberse cubierto a la vez de rocío; lo contrario, es decir, la falta de rocío sobre el suelo, en la primera noche, la falta de rocío en el vellón en la segunda noche, no ha podido pues tener lugar sin una *derogación* de las leyes de la naturaleza, siempre posible a Dios. Según la grande y bella expresión de San Agustín, el milagro es el lenguaje de Dios, la única vía por la cual pueda manifestar ostensiblemente sus voluntades a sus criaturas inteligentes. Negar la *posibilidad* del milagro es hacer de Dios un ídolo mudo e impotente, negar la *realidad* del milagro es negar la revelación, la misión divina de Moisés y de Jesucristo”.⁵

Creemos, pues, ser exactos y expresar perfectamente la opinión católica diciendo: milagro es la violación de una ley natural. Tal es la esencia de la acepción católica de la palabra milagro.

¿Puede suceder tal cosa? Bajo ningún aspecto y la demostración es evidente.

La creencia en el milagro supone la idea de un Dios, que no sólo cambia de ideas, sino que se contradice a sí mismo. Decir con San Agustín y el abate Moigno, que el *milagro es la única vía por la cual pueda Dios manifestar ostensiblemente sus voluntades*, es decir, que Dios sólo por la contradicción puede revelarse ostensiblemente. La consecuencia es terrible, pero es de una lógica irrefutable. ¿A qué se reduce entonces la bella argumentación que prueba la existencia de Dios, por el espectáculo de la sublime armonía y de la eterna concordancia de las cosas? ¿Y vosotros todos, sabios de primer orden, genios que ilumináis la humanidad, revelando, demostrando la sabiduría del Ser Supremo en todo momento

del tiempo, en todo punto del espacio, en todo movimiento de los seres? ¿Cuán errados camináis en la senda del orden inmutable de las leyes, cuan engañados estáis creyendo ver la mano de Dios en la armonía, en el número y medida que gobierna y pesa desde *ab eterno* el átomo y la inmensidad en la misma balanza de justicia! No, Dios no se nos ha revelado en las maravillas de la naturaleza, en la descomposición de la luz, en la organización del animal, en la música del firmamento, en la sublimidad de la conciencia invariable de lo justo. Errabais. Dios no se *revela ostensiblemente a sus criaturas inteligentes*, sino derogando su sabiduría, instigando a la razón del hombre, contradiciéndose a sí mismo rompiendo la armonía de las existencias, desmintiendo el orden eterno establecido. He ahí a donde llegáis, vosotros, los que en vuestro deseo de humillaros y de humillar a la razón, hacéis descender al Dios, que es la razón absoluta, y al hombre su divino reflejo, a la categoría de juglares.

Goethe, el Júpiter literario del siglo XIX, coronado con la triple corona del genio filosófico, de todo el saber de su edad, y del genio poético, ha pronunciado estas palabras verdaderamente sacramentales: “tú consideras”, escribía Goethe a Lavater, “al Evangelio como la verdad más divina. En cuanto a mí, una voz del cielo mismo, no me persuadiría que el agua quema, que el fuego hiela, o que los muertos resucitan. Juzgo más bien todo esto como una blasfemia contra el gran Dios y contra su revelación en la naturaleza”. (Correspondencia de Lavater. 178)⁶

¿Qué más se puede agregar? Para todo hombre que piensa y estudia, esas palabras serían más que suficientes para sacarlo del error grosero, o de la creencia en el milagro, pero

⁵ El abate Moigno en la *Clef de la Science*. Obra dedicada a Bonaparte el chico. París 1858.

⁶ Estas palabras las he encontrado en una nota del señor Edgard Quinet en su *Examen de la vida de Jesús*. Tomo III, de sus obras completas. París 1857.

nosotros escribimos con el objeto de convertir a los católicos y es por eso que vamos a seguir al error en todas sus manifestaciones y acosarlo en los tenebrosos recónditos de la inteligencia por tantos siglos engañada.

Vamos a desenvolver otro aspecto de la cuestión bajo la forma de un diálogo entre el Dios-católico y la razón del hombre.

El Dios-católico: —¿No crees que el poder de hacer milagros revela mi omnipotencia?

La Razón: —Porque es suponer la contradicción en Dios. Y un Dios que se contradice no es omnisciente, no es el verdadero Dios.

El Dios-católico: —¿Y en qué te fundas para asignar a Dios una ley, una norma?

La Razón: —En la razón. La misma razón que me revela a Dios, me lo revela con sus atributos inmutables, con sus leyes eternas, con la invariabilidad de su pensamiento, con la persistencia de su voluntad.

El Dios-católico: —¿Y no crees que un ser que ha establecido que el fuego queme, pueda hacer que el fuego hiele?

La Razón: —No. Porque para hacer que el fuego helase, sería necesario cambiar o destruir sus calidades esenciales. La destrucción de las calidades esenciales de las cosas equivale a la anihilación de la sustancia. La anihilación de la sustancia te es imposible, porque la sustancia es el Ser, es Dios en la eternidad viva. Si Dios pudiese hacer que el fuego helase, se suicidaría, no habría obstáculo para que dejase de ser lo que es.

El Dios-católico: —Pero todas esas afirmaciones y demostraciones son obra de tu razón. ¿Quién no te dice, que tu razón te engaña?

La Razón: —Si la razón me engaña en la visión de lo necesario y absoluto, ¿quién no me dice que Dios no existe? Si creo en Dios, es por

mi razón. Si mi razón no debe creerse a sí misma, ¿por qué te diriges a mi razón? ¿Tienes algún otro medio de entenderte conmigo? Escucha lo que dijo el sabio Locke, que era cristiano y que creía en el milagro como una manifestación divina para revelar cosas razonables y necesarias que los hombres no pudiesen por sus medios alcanzar.

“Ninguna misión puede ser considerada como divina, si abandona algo que derogue el honor del uno, solo, verdadero, invisible Dios; o que contradiga a la religión natural y a las reglas de la moralidad: porque Dios habiendo descubierto a los hombres la unidad y majestad de su eterna divinidad, y las verdades de la religión natural y moralidad por la luz de la razón, no se le puede suponer establezca lo contrario por revelación; porque esto sería destruir la evidencia y el uso de la razón, sin la cual los hombres no pueden ser capaces de distinguir la revelación divina de las imposturas diabólicas”.⁷

El Dios-católico: —Me dirijo a tu razón para que obedezca y crea lo que yo quiero que crea.

La razón: —¿Para que obedezca! Está bien. Pero ¿por qué debo obedecer? ¿No es verdad que si debo obedecer y si debo creer lo que quieras, debo creer en una *razón* por la cual debo obedecer y creer lo que quieras?

El Dios-católico: —No. Cree sin razón, porque yo lo mando.

La Razón: —Pero al decirme que crea porque lo mandas, me das una razón y es que debo obedecer a ciegas o contra mi razón porque así mandas. Esto es suponer en ti una autoridad que debe ser obedecida.

El Dios-católico: —Sí. Porque lo mando, y nada más que porque lo mando.

La Razón: —Es claro, pues, que al ordenarme, reconoces que yo debo reconocer la obligación de obedecerte.

⁷ Locke. *A discourse of miracles*.

El Dios-católico: –Sí, la obligación de obedecerme.

La Razón: –Pero al reconocer yo que tengo obligación de obedecerte, es a mi razón a quien te diriges, es de mi razón de quien exiges el reconocimiento de esa obligación.

El Dios-católico: –Sí.

La Razón: –Entonces tienes que dejar subsistente mi razón para que pueda obedecerte. De otro modo no podría obedecerte y desaparecería como criatura racional.

El Dios-católico: –Sí.

La Razón: –Luego, si mi razón subsiste aun para obedecer a tu mandato absoluto, mi razón con las nociones esenciales que la constituyen es absolutamente indispensable aun para el acto de obediencia.

El Dios católico: –Sí.

La Razón: –Entonces mi razón es soberana. Al obedecerte es porque reconozco que debo obedecerte. Y si llego a reconocer por las nociones mismas de la razón, que la idea de Dios no es compatible con la idea de un déspota, que la idea de Dios, tal cual Dios mismo la revela en la razón es contradictoria con la idea de un Dios apasionado, iracundo, injusto, en oposición a las ideas eternas de lo justo, entonces mi razón te dice, Dios-católico, que no eres sino la creación de la mentira.

El Dios-católico: –¡Blasfemia!

La Razón: –¡No hay blasfemia contra el Ser Supremo, que se revela en la naturaleza, la razón y la conciencia, pero sí negación de tu poder mentido, fantasma sangriento de los sacerdocios, Dios de Torquemada y de Loyola!

El Dios-católico: –Blasfemas, porque quieres aplicar a Dios tus ideas de lo justo y de lo injusto, de lo racional y de lo absurdo. Pero yo, el Dios-católico, estoy más arriba de lo justo y de lo injusto, y puedo convertir lo racional en absurdo, y lo absurdo en racional. Yo “hago loco el saber de este mundo”. (Pablo)

La Razón: –Dices que las ideas de lo justo y de lo injusto, de lo racional y absurdo son mías. La idea de justicia es coeterna al Ser. Y si esa idea es mía y no es esa idea la visión del orden inmutable, yo sería entonces el creador de la justicia y si fuese el creador de la justicia sería Dios. La idea y la realidad de la justicia, la idea y la realidad del orden, la idea y la realidad del Ser justo e invariable, constituyen la esencia de la divinidad. Decir que puede convertir todo esto en lo contrario, que el cuadrado sea el círculo, el robo y la mentira en actos justos, el orden en el desorden, es decir, que la idea de Dios, puede ser la idea del no Ser. Si las ideas de la razón, no son la revelación de las necesidades eternas de las cosas, y si esas ideas pueden ser cambiadas, no hay necesidad eterna, no hay ser eterno, Dios es inútil. Así, no hay poder en la razón para destruir lo razonable, no hay poder en Dios para atacar su esencia invariable, no hay omnipotencia en el Ser para convertirse en la nada o suicidarse. Dios no puede dejar de ser Dios. La razón no puede dejar de ser razonable. El orden es eterno. Dios como omnisciente o que todo lo sabe, es invariable en su pensamiento. El milagro supone la contradicción en Dios. Dios como ley viva es la visión inmutable de lo justo. El milagro es la suposición de que la ley y la justicia pueden variar. Y si la ley y la justicia no pueden variar, yo, razón humana, que soy visión de la justicia, tengo en esa visión que me constituye, el poder y la autoridad de decir a quien quiera, al mismo Dios si fuese posible: si eres injusto, no te obedezco. Un Dios injusto sería inferior al Dios de mi razón. Si fuese posible un Dios injusto, mi conciencia sería superior a la de ese Dios y combatiría su poder despótico. Prometeo es, entre los griegos, el mito más sublime de la conciencia y de la personalidad indómita del justo, contra Júpiter, su divinidad, su Olimpo, su poder y su victoria. Prometeo es el gran Mesías de la humanidad. Prometeo es el gran racionalista de la historia.

El Dios-católico: –Veo que me niegas. Si no tengo el poder de anihilar sustancia, de contradecirme, de hacer lo que quiera, de convertir el círculo en cuadrado, el fuego en hielo, el hielo en fuego, de colocar el rocío en el vellón unas veces y otras no, si no tengo el poder de hablar a la burra de Balaam, de tragar un ejército en el mar Rojo, de visitar a María por obra del Espíritu-Santo, no quiero ser Dios. Bajar de la omnipotencia para representar el personaje de un presidente de la República, esto es demasiado exigir. La razón es la blasfemia.

La Razón: –Es decir que no comprendes la divinidad sin despotismo. No es más la diferencia. Ten cuidado en asemejarte a un gran *civilizador* llamado Pedro el Grande. Escucha esta anécdota:

“Cuando visitó la primera vez al rey de Prusia en Berlín, he aquí el discurso que pronunció, recién llegado:

–Hermano mío, viaje para instruirme, y como tengo mucho que aprender, no pierdo tiempo; os suplico me mostréis hoy mismo, cómo se ejecuta aquí cierta operación que nunca se ha podido hacer bien en mi reino.

–Hablad, Sire, honráis demasiado a la Prusia creyendo que pueda tener algo que mostraros.

Pedro el Grande abrió la ventana del palacio, y mostrando la plaza cubierta por la multitud:

–Hacedme el gusto de plantar una horca allí y colgar a alguno.

–Sire, voy a preguntar primero a mi canciller si por casualidad, mi corte de justicia ha condenado a muerte a algún bandido.

–¡Cómo!, hermano mío, tenéis necesidad de semejante formalidad para colgar del pescuezo a un buen súbdito prusiano, permitidme, entonces, que para esta experiencia os preste a uno de mis moujiks. Ahí tenéis una colección completa.

Elegid, tomad a éste o aquel; a mi barbero, si queréis; a mi secretario, no importa; os lo regalo.

–Sire, la ley protege al extranjero como al ciudadano en el territorio de Brandebourg.

–Vamos, hermano mío, veo con dolor que faltáis al primer deber de la reyecía.

En la misma tarde, Pedro el Grande partió de Berlín, lleno de desprecio hacia un monarca destituido por la ley, del derecho sagrado de ahorcar a su albedrío”.⁸ Y no es otra cosa, según el catolicismo, la concepción de su Dios. No pueden creer en un Dios constitucional, no lo conciben, les parece desnudo de los principales atributos de su gloria y de su poder. Un Dios, padre inmutable del orden, y no hay orden divino sin la inmutabilidad de sus leyes, un Dios que sea **la ley viva**, y como ley, eterna e invariable, les parece un Dios sometido a la justicia, y como tal, degradado; y en su fervor de humillación y de miedo, le tributan el homenaje que se tributa al déspota ante quien se tiembla.

¿No veis en esa concepción de Dios el germen de todo despotismo político, la adoración del éxito, la aprobación de los golpes de Estado, que son los *milagros* de la política? ¿Qué cosa es un milagro (si fuese posible) sino un golpe de Estado de la Divinidad, violando la Constitución de los Seres?

¿Cuántas consecuencias funestas contenidas en la noción del Dios que *puede ahorcar a su albedrío*? “INTELIGITE ES ERUDIMINI”. El catolicismo entraña de tal modo al despotismo, que puede ser considerado como el sistema más perfecto de esclavitud a nombre de la Divinidad. Es por esto que destruido ese sistema, se verá un cambio de escena tan sublime en el glorioso porvenir emancipado, que la humanidad elevará el más grandioso de los himnos, himno que será la revelación futura.

⁸ *Les Rois Philosophes Du Dix-Huitième Siècle. (L'hotel du Saint-Esprit) la: Eugène Pelletan. Paris 1856*

IV

LA OMNIPOTENCIA DE DIOS

Vamos a desarraigar hasta la posibilidad de concebir a Dios con el poder de hacer milagros.

Para que el milagro sea posible, es necesario un poder omnipotente. Dios es omnipotente, luego el milagro es posible.

El silogismo está bien hecho, no hay sofisma. Así es que nosotros negamos la menor diciendo: Dios no es omnipotente. Parecerá esta proposición una blasfemia. Estamos tan habituados en las grandes tiradas de la elocuencia de los retóricos, en la lectura de casi todas las religiones que asignan al Ser Supremo el atributo de omnipotente, es tan altisonante la palabra, parece un reconocimiento tan natural de la debilidad humana, que la negación de ese atributo parece una blasfemia. No hay tal. Vamos a demostrar, por el contrario, que esa idea de la absoluta omnipotencia es la verdadera blasfemia.

Se entiende por omnipotencia el poder sin límites para todo. Un Dios que no pudiese cambiar una ley sería limitado en su poder, no sería omnipotente. Así, el sacerdote parte de una revelación milagrosa, verificada por el que tiene el poder de hacerlo todo. Luego, para ser creído, necesita acreditar primero la idea de la omnipotencia, y como consecuencia legítima el milagro que lo instituye revelador. Explotando la ignorancia primitiva de las causas segundas, decían que Dios relampagueaba, tronaba, fulminaba. Los fenómenos naturales y los más sorprendentes, y hasta las grandes invenciones de instrumentos de cultura, de industria, eran

atribuidos a revelaciones de Dios, o de un Dios. La inteligencia primitiva en su ignorancia, pero guiada por el principio de causalidad, atribuía todo efecto al modelo primitivo de la causa, que era la propia personalidad; y así toda causa era una persona, todo efecto la manifestación de una persona. Un Dios para el viento, otro para el mar, para los ríos, para la vegetación y hasta para los sueños. Todo esto nacía de la ignorancia de las causas segundas, sin cuya concepción, no hay naturaleza. Las leyes de la naturaleza son esos poderes, sin ser personas. Pero en la antigüedad y aquí emitimos una idea nueva⁹ que tiene contradictores científicos y que merece ser dilucidada; en la antigüedad, el milagro era una manifestación nueva, extraordinaria, *admirable*, no conocida del poder divino o de sus leyes, pero de ninguna manera contradictoria a la ley reconocida. Cuestión histórica es ésta, que no podemos dilucidar como conviene en este momento. Nosotros creemos pues que la idea del milagro según los antiguos, no era la idea del milagro según la definición católica, que es la acepción que combatimos.

Esa acepción es la violación de una ley natural. Y como no se puede violar una ley divina en la sustancia, sin poseer un poder omnipotente, veamos si tal omnipotencia es una realidad o sólo una palabra, como la palabra *nada*, que no representa objetividad ninguna y que no tiene más significación que la negación en el sujeto que la emite.

La causa, el origen de la idea del milagro, es la idea de la omnipotencia absoluta. No se diga que ha habido *hombres* que sin ser omnipotentes han hecho milagros, porque aun en esa estúpida creencia, se reconoce que hacían los milagros por delegación divina. Pero si se

⁹ Véase nuestro prólogo a la traducción de la *Vida de Jesús*, por E. Renán, en el que algo decimos sobre esto al hablar de los milagros de Jesús.

quiere sostener que sin delegación ha habido milagros, o que el mismo demonio puede hacerlos, entonces el milagro ya no es argumento a favor de la revelación, y rearguye contra el mismo catolicismo. Si el milagro es la prueba de la revelación, un milagro del demonio podía ser la prueba de una revelación de los infiernos que debía ser reconocida y acatada por el hombre. La causa del milagro, el fundamento de esa idea, el origen de esa creencia, está, pues, en la idea de la omnipotencia, porque sólo un poder omnipotente puede violar la ley de la sustancia, de la naturaleza, de la materia o del espíritu. Si hay omnipotencia, el milagro es posible. Si no, ¡no! Hemos simplificado la cuestión y la creamos claramente presentada. Las ideas necesarias que contiene la idea de Dios, sin que pretendamos hacer una enumeración completa, y que no pueden ser negadas por todo el que acepte la idea de Dios como persona, son las siguientes:

1° *La idea de la sustancia infinita.* Si Dios no es la sustancia infinita, no es el infinito, no es Dios. De esa idea se deduce que puede haber aumento de sustancia, o *creación de la nada*, porque sería suponer que la sustancia infinita ha sido aumentada, lo que sería contra la proposición afirmada. Se deduce también que no pudiendo ser aumentada la sustancia, tampoco puede ser anihilada. Lo que, como sustancia no como combinación, es eterno. Así como la creación de la nada es imposible, la anihilación es imposible. La combinación y la transformación es lo que puede desaparecer. Todo ser es ser del eterno ser y, como tal, es eterno e indestructible.

2° *La inteligencia.* Soy inteligencia, luego la inteligencia es eterna. Ésta es la significación de lo que los cristianos han querido decir

cuando en su lenguaje material decían, el *hijo (el verbo, la palabra, o la inteligencia) es coeterno.* Dios como inteligente es omnisciente. Como omnisciente es la sabiduría absoluta. De esta idea se deduce que no puede cambiar su pensamiento, ni arrepentirse, como lo afirma la Biblia. *“Arrepentirse de haber hecho al hombre en la tierra...” “Raeré, dijo de la faz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; porque me arrepiento de haberlos hecho”.*¹⁰

Tal arrepentimiento es absurdo y supone que Dios no es omnisciente, pues no pudo prever, o no ver lo que iba a suceder o sucedía. Jamás la sabiduría absoluta puede tener ese lenguaje. Véase como la idea católica de Dios mengua su sabiduría.

3° *Legislador:* la inteligencia es la distribuidora de la medida, del número; de la serie coordinada del orden de la clasificación real de los objetos, de la armonía. Esto para el universo, o para los seres sin personalidad; y la inteligencia siendo la reveladora del derecho en los seres con personalidad, se deduce de la idea de la inteligencia divina que *Dios es legislador.* La ley es la forma del ser, y de los seres. La forma de la materia es la atracción, la forma del hombre es la libertad, la forma de todo lo creado, el progreso. La ley o la forma es lo que hace y constituye el orden y al mismo tiempo la esencia misma de toda existencia. Y como la ley es eterna, y como es invariable la esencia, como es indestructible la calidad de la sustancia, como es inherente de una manera absoluta la forma de la sustancia, o de la ley de la existencia, se deduce que Dios no tiene el poder de crear de la nada, ni volver un ser a la nada, no puede destruir o cambiar la forma, la calidad, la ley que constituye a todo ser, sin destruir, cambiar o aniquilar su propia

¹⁰ Génesis. VI. 6. 7. ¡Estos absurdos ponen los católicos en boca de Dios mismo y a esto llaman revelación!

ley. La ley de las cosas es coeterna. Cambiar esa ley es cambiar la naturaleza divina. Cambiar la naturaleza divina equivale a negarla.

4° *Inmutabilidad*. Dios no puede variar en sustancia, ni en pensamiento, ni en voluntad. Suponer que varíe, que cambie, ¡es suponerlo imperfecto! ¿Por qué había de variar su sustancia? No habría razón para variarla porque lo perfecto no se puede perfeccionar ni deteriorar, aumentar, ni disminuir. ¿Y con quién y cómo, cambiaría su sustancia, siendo él infinito, la sustancia infinita? Si algo puede haber fuera de Dios ese algo sería lo finito, lo imperfecto y Dios no puede descender a revestir lo finito y lo imperfecto. Malebranche dice en sus Meditaciones cristianas, “que Dios ha querido asumir la condición baja y humillante de creador”. Sin aceptar esta conclusión del entusiasmo metafísico, que sugiere la idea de la perfección infinita, (pues presenta a la creación como imperfección incompatible con la plenitud del ser), ese finito, ese imperfecto hijo de Dios, para manifestar en la sucesión, en el tiempo y en el espacio, lo que vive en un momento eterno, y en una inmensidad indivisible, ese finito o la naturaleza, ha recibido el sello de la legislación infinita y, como tal, es inmutable; ese finito es sustancia, y como sustancia viene de Dios y lo que viene de Dios es indestructible e inmutable. El cambio de sustancia es incomprensible. La sustancia es una. ¿Con qué se cambiaría? Dios no puede, pues, cambiar la sustancia ni sus calidades, ni sus leyes. Luego, como cambio de sustancia o transustanciación, el milagro es imposible.

No puede imaginarse tampoco que Dios cambie su pensamiento. El pensamiento de Dios es la visión perfecta de su propio Ser perfecto. Si cambia ese pensamiento, cambiaría el objeto de su propio pensamiento que es el Ser. Todas las ideas, todas las realidades; todos los universos, todas las armonías, el orden progresivo del desarrollo de los seres, todo vive y es pensado en

su pensamiento al mismo tiempo sin pasado ni futuro, en un presente eterno. Decir que piense otra cosa, que determine otra cosa, que cambie lo que ve, es la verdadera blasfemia contra su inteligencia omnisciente. El milagro es, pues, una blasfemia contra la inteligencia divina.

Del mismo modo, Dios no puede cambiar de voluntad. Para querer es necesario un motivo. La voluntad divina exige un motivo divino. El motivo divino es inmutable porque es perfecto, luego su voluntad es inmutable porque es perfecta. Querer que quiera otra cosa de lo que había querido, es pretender que el átomo y el instante puedan alterar a la eternidad, a la inmensidad. Exigir, pues, que se crea un cambio de voluntad en Dios, es blasfemia contra su sustancia, contra su inteligencia y contra su voluntad.

Queda el amor, dirán los católicos. Dios, por amor, puede violar una ley establecida: resucitar a un muerto, curar a un enfermo, dar de comer al hambriento en el desierto. Contestamos. El amor no es argumento. Ese amor lo tiene Dios y lo tenía y debía saber todo lo que iba a suceder. Si sabiendo todo lo que debe suceder, es necesario que viole una de sus propias leyes, ese Dios no sabe lo que hace. Y, además, ¿quién nos autoriza a juzgar del amor de Dios por lo que vemos en la humanidad? Si quisiese intervenir, la intervención sería universal, sería natural, sin necesidad de ninguna contradicción, sin la apariencia de un privilegio. Se habla de la incomprensibilidad de Dios; pues yo digo que su amor es lo más incomprensible, pues pudiendo hacernos felices, no lo somos. Esta última razón hará callar el argumento del amor. En verdad os lo digo, que cuando veo el mal, el crimen triunfante, el justo perseguido y calumniado, las multitudes hambrientas, pasto del cañón o de los malvados, prefiero el dolor callado y no el raciocinio; y no pudiendo negar a Dios, pues soy, ni su amor, pues amo,

me inclino ante la incomprensibilidad del mal y del dolor.

Comprendidas y aceptadas estas ideas necesarias que la idea de Dios contiene, la cuestión de la omnipotencia queda resuelta.

Hemos dicho que el milagro es posible, si Dios es omnipotente. Ahora podemos afirmar que no lo es, en virtud de la idea misma de Dios.

Si Dios es omnipotente, puede cambiar su esencia, transformar su sustancia, contradecir sus decisiones, querer el mal.

Dios no puede cambiar la esencia infinita y perfecta de su Ser. Luego, no es omnipotente.

Dios no puede suprimir o dividir su sustancia, o cambiar de sustancia. Luego no es omnipotente.

Dios no puede alterar su inteligencia, sus logos, su hijo, la visión de su ser. El mundo es revelación de su inteligencia, luego no puede alterar las leyes de su inteligencia en el seno del infinito ni en su manifestación en lo finito.

Dios no puede amar sino lo bello, lo justo. Luego no puede alterar ni las nociones de lo bello y de lo justo, ni su aplicación al universo.

La ley de Dios es la materia, es ley matemática o física. Dios no puede alterar, ni cambiar los axiomas matemáticos, ni las leyes de la materia.

Luego Dios no es omnipotente.

La ley de Dios en las inteligencias es la visión de lo bello y de lo justo. Esas leyes son coeternas a su esencia. Decir que lo justo puede ser injusto por un acto de voluntad divina, es incomprensible, a su justicia, incompatible con su esencia. Luego, si Dios no puede alterar, cambiar, ni suprimir, ni contradecirse, ni negar su palabra palpitante encarnada en la ley de todo ser, Dios no es omnipotente. El milagro es de toda lógica imposible.

En una palabra: Dios es la perfección. La perfección es invariable, pues si no fuese inva-

riable no sería perfección. El milagro no sólo es variabilidad, sino contradicción, o violación de la ley del Ser-Perfecto.

Luego, el milagro es imposible.

Si se dice que disminuyó o amenguó la idea de la divinidad, despojándola de la idea omnipotencia, la contestación es muy sencilla. En cuál idea hay más grandeza y más divinidad, si es posible hablar así, ¿en la idea de un Dios cuya sabiduría y voluntad son inmutables en su perfección absoluta, o en la idea de un Dios que se corrige, que se enmienda y que altera el orden eterno de las cosas para que lo crea un puñado de salvajes o de bárbaros como eran los judíos en los tiempos descritos por Moisés? ¡Qué! ¿Esa *omnipotencia*, no podía dar un poco de luz a la razón de esos bárbaros, para que reconociesen su ley en la conciencia de todo hombre, sin necesidad de las miserias que presentan a Jehová como un juglar? ¿Eran necesarias esas revelaciones para salvar al mundo, y después de 6.000 años de revelación sólo la minoría de la humanidad ha podido conocerla y acatarla? Pero ya la descomposición ha penetrado en el monstruoso cuerpo del catolicismo. La hora de los grandes funerales se aproxima. El cadáver ya huele en Roma. A vosotros, gloriosos sepultureros de una era, ¡la fúnebre oración de la mentira!

V

OTRAS OBJECIONES A FAVOR DEL MILAGRO

Dios obra sobre la naturaleza. Si tiene acción sobre la naturaleza, ¿por qué no ha de poder cambiar sus leyes?

Esta objeción está ya contestada con la idea de omnisciencia divina; pero aclaremos más, puesto que suponemos nos lee el que quiere conocer la verdad, salir de la duda, y desvanecer

el error. Sin desatender (*a priori*) la omnisciencia que hace imposible toda contradicción en Dios, examinemos también *a posteriori* el argumento.

¿Cómo obra Dios sobre la naturaleza?

Es claro que según las leyes, las condiciones, los atributos, las propiedades, las calidades de la misma naturaleza. Si no tuviese atributos, calidades la sustancia, ninguna acción sería posible sobre ella. Obrar, influir sobre un objeto, es tomar en cuenta las calidades del objeto. Dios hablaría eternamente a las piedras sin que ellas pudiesen entenderlo. Luego, si Dios quiere obrar sobre las piedras, no puede hacerlo sino tomando en consideración las calidades de la piedra, las leyes de afinidad de sus elementos componentes, las leyes de cohesión de sus moléculas. Pero antes sepamos qué quiere exigir Dios de las piedras.

Supongamos que quisiera obedeciesen a su voz, que diesen testimonio de su justicia, a falta del testimonio de los hombres. Si Dios quiere esto, es necesario, o que aparezca una inteligencia en la piedra, o que movida por una fuerza hiciese lo que de ella se exigía.

Si aparece una inteligencia en la piedra, ya tenemos un ser racional, y entonces Dios puede comunicarle sus intenciones. ¿Pero quién no ve que la piedra deja de ser piedra en ese caso, y que ya no es la piedra la que da el testimonio, sino una inteligencia racional?

Si el hecho se verificase, tendríamos una transformación, y entonces el milagro sería una transformación de piedras en hombres, en ángeles o demonios.

¿Es posible tal transformación?

Todo lo que vemos es efecto de la transformación de los elementos primitivos y fundamentales de las cosas según la serie de tipos

posibles de existencias. El éter primitivo entraña todo. De su seno salen las manifestaciones de los seres según la ley de las combinaciones. Del éter continente de los gérmenes, materia de la creación, se ven salir las transformaciones secundarias de los fluidos adoptados a la vida de los seres, cuando la hora de la manifestación les llega en el horario del progreso. La electricidad, la luz, el calor, engendran los gases, el aire, el elemento líquido¹¹, y lo sólido. Los gérmenes de las cosas encontrando ya su medio, desarrollan su fuerza, su forma y su calórico, y la organización hace su entrada sobre el pavimento de los divinos cataclismos, que han preparado la atmósfera, el piso y el alimento de la animalidad. Génesis sublime de la ciencia, síntesis del universo, visión de las cosas en su desarrollo objetivo, ¡cuán distinto del génesis de las revelaciones, en que todo se hace a golpes de teatro en la escena tenebrosa del pasado sin memoria y ante las inteligencias aterradas de las gentes!

El mineral precede al vegetal y al animal. Todo lo que hay en el universo es manifestación del éter. Y el hombre mismo como animal, no es sino "*aire condensado*".¹²

La serie de las transformaciones no se corta; y esa serie es progresiva, es decir, que a medida que aparece un ser, ese ser reasume las condiciones de los seres inferiores agregando a más una perfección. La sensación, el sentimiento, el instinto, la inteligencia, y la razón, van apareciendo a medida que organizaciones más completas se presentan. Así, suponer sensación, sensibilidad en la piedra, en la que sólo imperan las leyes de cohesión de sus moléculas, sería lo mismo que pedir al cerebro humano la dureza de la piedra.

Hay, pues, transformación en el universo.

¹¹ Para el desarrollo de esta síntesis, véase *L'Esquisse d'une Philosophie par Lamennais*, T. París 1840.

¹² El químico Dumas. Proposición químicamente demostrada.

La transformación es la ley del desarrollo. Si el milagro es una transformación tan sólo, no hay violación de ley, y no hay milagro.

Pero, se dice, el milagro es una transformación violenta, repentina, que viola el orden progresivo de las transformaciones. Convertir a la piedra en ser racional, he ahí el milagro. Aceptamos el problema de ese modo. ¿Quién no ve que esa conversión de la piedra en hombre, es la desaparición de la piedra, y que ya no es la piedra quien atestigua, sino un hombre nacido de la piedra? La cuestión se presenta con más claridad por medio de esta consecuencia que tiene que sostener la lógica católica: *El hombre ha nacido de la piedra*, o Dios hace y puede hacer que el hombre nazca de la piedra.

He ahí la ventaja de la sinceridad. Se plantea bien una cuestión, se deduce con lógica una consecuencia, y la consecuencia es por sí misma tan absurda, que viene a ser la mejor refutación.

Para que el hombre nazca de la piedra, es necesario o que la piedra contenga latente el germen humano, el átomo, monada, o molécula generatriz, o que con la ley de cohesión de sus moléculas, o de los elementos esparcidos que la envuelven, se apodere de los elementos necesarios para constituir un animal. Un estado fisiológico, un hombre o un estado psicológico.

Si la piedra contiene el germen humano que sólo espera la oportunidad, o el imperativo *omnipotente*, para manifestarse o más bien dicho transformarse, el milagro sería nada más que una anticipación precipitada de lo que debía más tarde suceder, pues si las piedras tienen germen humano, todas ellas han de aparecer un día transformadas.

Si es sólo una anticipación del día o de los siglos en que tal ley debía cumplirse, el milagro sería semejante entonces al que hacen los botánicos y los cultivadores, *madurando, antes*

de tiempo, el fruto prometido. Dios en este caso sería presentado como un *empollador* de piedras.

La segunda hipótesis es aún más ridícula, pero se contiene en la 1ª. Suponer que hay en la piedra un poder, que despertado, pueda tomar a los elementos lo necesario para transformarse en hombre, es convertir a las piedras en huevos.

Pero el sólido católico dirá: no hay germen, ni tal poder en la piedra. Dios hace salir al hombre de la piedra por su voluntad omnipotente.

Despacio. Si tal puede esa voluntad omnipotente, ni las piedras son necesarias. Hable solamente, y de su palabra saldrá de la nada el testimonio apetecido. Pero el caso es que nadie ha oído, ni podido oír, ni ver el resultado de esa palabra. Pero esto sería entrar en la cuestión del humano testimonio, que queda postergada, pues antes de saber si ha habido milagro, es necesario saber, como lo observa perfectamente Lamennais, si ha sido posible. Si con humano y sincero testimonio se afirmara que Dios en el planeta Júpiter, ha determinado que el robo sea legítimo, la mentira santa, lo redondo cuadrado, la materia sin atracción, claro es que antes de creer el testimonio yo averigüe, si tal absurdo es posible.

Pero detengámonos en la transformación omnipotente, o en el nacimiento de hombres de las piedras.

Esos hombres existían ya como sustancia bajo cualquier forma, o no existían.

Si no existían, han sido *creados*, ex profeso, *de la nada* para dar el testimonio que se busca. Y si existían, la cuestión se reduce a una anticipación de generación.

Ya hemos probado que no hay *creación de la nada*. Queda solamente la segunda hipótesis, o la transformación anticipada de los elementos mineralógicos, en una organización animal, a la que debe corresponder una inteligencia que la anime.

En este caso, que es el único que queda al catolicismo para afirmar el milagro, he aquí la necesidad divina, o la necesidad racional, que se opone y hace que el principio y el hecho milagroso, sean imposibles.

Esa transformación anticipada no puede verificarse sin atender a las calidades mismas del mineral que se trata de convertir en animal. La palabra o la voluntad de Dios, aplicada a un objeto, no puede obrar sobre él, modificarlo, transformarlo, cambiarlo, desarrollarlo, sin poner en acción las calidades y necesidades del objeto mismo, de cuya metamorfosis se trata. Ahora, pues, poner en acción las calidades, las necesidades de un objeto, es poner en acción las leyes naturales que lo constituyen. El imperativo divino por absoluto y omnipotente que se crea, no puede obrar sobre la naturaleza, sino en virtud de las mismas condiciones que hacen a la naturaleza posible, o según las leyes que la constituyen. Esto es innegable. Luego, si Dios obra sobre la naturaleza para precipitar su desarrollo o transformarla, la acción divina, no puede violentar las condiciones naturales de la transformación o desarrollo, no puede violar las leyes mismas de su Ser encarnadas en los seres. Es, pues, bajo toda hipótesis, el milagro imposible.

CONSECUENCIAS

Si Dios no puede violar su propia ley encarnada, que es lo que llamamos naturaleza, violarla, sería atacarse a sí mismo, y el milagro podría ser llamado un deicidio.

¿Cómo obra Dios sobre la naturaleza? No puede obrar sobre ella, sino en virtud de la misma esencia de la naturaleza, sino según las mismas leyes o condiciones necesarias de la existencia de la naturaleza. Si Dios cambia un efecto natural, como el hombre la corriente

de un río, no puede verificarse este hecho, sino en virtud de las mismas leyes naturales. La ley de la naturaleza es su forma, su necesidad absoluta. Cambiar la ley es cambiar la naturaleza de las cosas, y cambiar la naturaleza de las cosas es destruirlas, y Dios no puede destruir la naturaleza de las cosas, porque sería destruirse a sí mismo. La naturaleza es obra divina, es ley divina, es forma absoluta, es relación necesaria. Destruirla, violarla, es atacarse a sí mismo.

¡El milagro, para el que sabe pensar, es un *deicidio!*

Si se dice que Dios obra en virtud de leyes desconocidas o que no están al alcance de nuestra pobre inteligencia, entonces ya no se reconoce la *violación* de una ley, y no hay milagro. Milagros de esta especie nos envuelven, pues vivimos aún en el seno del misterio, en la ignorancia de la acción de la causa, en la ignorancia del *cómo* y del *porqué*.

Si se dice que Dios obra como en el "*fiat lux*", para verificar un milagro, no se dice sino palabras. Para que el sol de Josué, para que el mar Rojo de Moisés, para que la burra de Balaán, obedeciesen al imperativo católico, es necesario que la acción de Dios llegue al objeto ya existente e influya en él según la adaptabilidad de cada uno, según las calidades de cada objeto. Esto es respetar la constitución de la naturaleza y excluir el milagro en los seres. No pudiendo violarse las leyes naturales, que son voluntad objetivada de Dios mismo, no puede haber milagro en la naturaleza, y entonces sólo podría tener lugar en Dios mismo, que cambia de determinación consigo mismo.

Esto, como ya está demostrado, se llama la contradicción en Dios y es imposible. Así, la violación de la ley, o el milagro no puede tener lugar ni en los seres ni en el ser.

Esta consecuencia es tan evidente que negándola, no sabemos con qué derecho el catolicismo, que acepta la acción de Dios en

la burra de Balaán, no acepta la acción de Dios lanzando diariamente la cuadrilla fogosa del rubicundo Apolo, llenando los espacios de luz, de vida y alegría. ¿Con qué derecho acepta el vellón mojado una noche, y rechaza el politeísmo, cuando éste señala la acción de Neptuno en las tempestades del océano, la acción de Plutón en los volcanes y temblores, la acción de Júpiter tonante en el rayo en el trueno. ¡Y cuidado que son *tres personas* del omnipotente antiguo!

Si Dios pudiese violar sus propias leyes, no es omnisciente y la concepción de su poder sería la de un poder arbitrario. Ésta es la idea de un Dios déspota. Suponed ahora, hombres que se dicen encargados de expresar su voluntad y de representarlo en la tierra. Si el Dios es despótico, si nadie está seguro de la inmutabilidad de la ley, si una casta gobierna a su nombre, pudiendo llamar

hoy blanco y mañana negro al mismo color, y esto a nombre de la omnipotencia divina, ¿concebís despotismo más terrible por parte del sacerdocio, y servilismo más profundo por parte de los creyentes? Esta consecuencia es positiva, es práctica, la vemos, la palpamos; está escrita en la historia con la mano del infierno y sus resplandores fúnebres queman aun al que tiene pecho humano.

El dogma del Dios-déspota es el padre del terror. El terror es la educación que ha transformado *milagrosamente* a una gran parte de la especie humana. Comparad la España con dos mil años de ventaja, a la Grecia de los tiempos heroicos. La nación católica por excelencia que es la España con el católico Brasil, son las últimas naciones modernas que conservan la esclavitud. ¡Y llenan, hipócritas, la boca con la palabra caridad cristiana!